

RECENSIONES

GARCÍA ARIAS, Luis: *La guerra moderna y la organización internacional*. Un volumen. 590 páginas. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1962.

Como se deduce fácilmente del título que encabeza la publicación que reseñamos, constituye tema fundamental, objeto de análisis, en primer término, el fenómeno de la guerra, y en segundo lugar, el análisis de problemas, tanto concernientes al Derecho de Gentes, como relativos a materias de Política Internacional. En lo que atañe a la guerra y a sus modalidades e implicaciones, puede afirmarse que el estudio llevado a cabo por el profesor García Arias es punto menos que exhaustivo (licitud y legalidad de la guerra, la «guerra fría», la guerra preventiva, la liberadora, la psicológica, el nuevo concepto de la defensa nacional y los problemas concernientes al desarme).

Si afirmásemos que la aportación de García Arias al estudio de los problemas bélicos tiene la condición de relevantes, no reflejaríamos adecuadamente lo que constituye nuestro criterio valorativo. La verdad es que el esfuerzo llevado a cabo por el autor, sitúa su aportación en visible plano de singularidad, merecedora de ser destacada. El problema que plantea habitualmente la guerra, o había sido abordado por los iusinternacionalistas o por los técnicos llamados a conducirla, pero esa plural aportación está bien lejos de agotar los trascendentes y complejos problemas que las contiendas armadas llevan aparejados. Modernamente, las acciones de tipo más o menos acentuadamente coercitivo, han visto ampliado su campo de acción, ensanchamiento que merece ser considerado atentamente, por cuanto afecta al problema de estabilidad y la seguridad internacional. Claramente lo percibió el profesor García Arias y convincente testimonio de esa feliz captación nos lo brinda de modo fehaciente el autor.

Así, tras estudiar el trascendente problema de la justicia de la guerra, en su plural vertiente de licitud y legalidad, la primera concerniente a ese dilatado período histórico, en el curso del cual se dispensaba especial atención al problema de la justicia de la guerra, tema enriquecido por la valiosa aportación de nuestros internacionalistas teólogos; la segunda, relativa a su legalidad o positividad, centra su atención en el estudio de la guerra preventiva y su licitud, diferenciando a este propósito las pugnas agresivas de las puramente ofensivas, estudio venturosamente centrado.

En su propósito de analizar sucesivamente las modalidades de la guerra, notoriamente enriquecidas en las últimas décadas, aborda el autor un problema acentuadamente dramático: el de la guerra de liberación. La denominación es atrayente, por cuanto ese modo bélico puede implicar como consecuencia el logro de una manumisión política, pero que por su indeterminación puede resultar arriesgado e implicar la extensión de un conflicto, inicialmente localizado. Explicablemente, alude el autor a la dramática experiencia húngara: el levantamiento de los patriotas magiares y la impunidad de que gozaron quienes reprimieran implacablemente aquel ademán heroico. La denominada guerra de liberación plantea a su vez un problema arduo, que el profesor García Arias encara: trazar una línea divisoria que permita diferenciar lo que es una guerra de liberación

y lo que constituye una más o menos disimulada acción interventora y satelitizante. Al estudio de ese problema consagra García Arias, nada menos que setenta y cuatro páginas y esa dispensada amplitud evidencia cuanto hay de complejidad en el problema abordado, que el autor disecciona con incuestionable fortuna.

La guerra psicológica constituye otra de las modalidades de presión, que no requiere necesariamente el empleo de las armas y que el autor acertadamente define como replazo, total o parcial, de la violencia material, por presiones anímicas, capaces de doblegar la voluntad del enemigo, guerra tradicionalmente de tipo complementario, pero que actualmente reviste la condición de guerra psicológica, propiamente dicha, y en este sentido, puede considerarse como fruto específico del siglo XX. Al estudio de este fenómeno consagra el autor sesenta y tres páginas, a lo largo de las cuales se trasluce, no sólo la capacidad de penetración del profesor García Arias, sino que se ofrece el complemento de una rica aportación bibliográfica.

En un libro consagrado al estudio de los problemas que plantean las actividades, más o menos acentuadamente coercitivas, necesariamente debía dispensarse necesaria alternativa a ese fenómeno postbélico, que se denomina «guerra fría» y a cuyo análisis dedica el profesor García Arias el capítulo titulado «El concepto de la guerra y la «guerra fría». Esa visible generalización debe achacarse a lo que el rótulo encierra de imprecisión y a lo que el problema se presta para dar rienda suelta a toda clase de especulaciones divagatorias. La verdad es que la denominada «guerra fría», puede considerarse, bien sea como fruto de la inestabilidad internacional imperante a partir de 1945, o como mención que nos hace pensar en un artificio manipulado por quienes aparecen interesados en llevar al espíritu de las gentes la sensación de que estamos viviendo un período histórico de inquietante tregua, incluso de transición, entre una guerra aparentemente clausurada y otra que muchos reputan de fatal epílogo, referido a un futuro más o menos alejado del instante presente. Creemos que el profesor García Arias acierta, cuando escribe: «Subrayamos como principal característica de la «guerra fría», el excluir toda acción bélica directa entre las superpotencias», sin que ello implique supresión de toda guerra efectiva, realizada a medio de intermediarios, procedimiento reiteradamente empleado por la U. R. S. S. La «guerra fría», como lo hace notar García Arias, ha implicado determinadas reacciones a cargo de los Estados Unidos; se cita la técnica del riesgo calculado ideada por Foster Dulles, practicada primero a propósito de Corea y nuevamente esgrimida por el presidente Kennedy en relación con el problema cubano. (Véase Camilo Barcia Trelles: *La técnica del riesgo calculado en el mundo postbélico*, y del mismo autor, *El problema cubano y sus implicaciones*.)

Lo que pudiéramos considerar como segunda parte del libro que recensamos, como lo hace notar el autor, constituye su adecuado complemento. En el mismo se aborda el estudio de problemas, más bien de tipo jurídico («Poder universal u organización internacional») y «Los Estados en la organización internacional») y se presta igualmente atención a otros que pueden catalogarse como cuestiones de política internacional. Habida cuenta de nuestra inclinación hacia el estudio de estos últimos problemas, se explicará hasta qué extremo nos ha interesado el estudio que el autor nos ofrece concerniente al equilibrio mundial. Tal vez la ecumenización del problema del equilibrio político explique la perplejidad de que dan muestra los que han abordado el estudio de dicha cuestión, ya que el sistema de la *Balance of Power* se nos ofreciera tradicionalmente como una experiencia típicamente europea y ahora, de lo que se trata, es de articularlo a escala mundial, bien sea refiriéndolo a la política internacional de bipolaridad, ya adscribiéndolo a la posible aparición de terceras fuerzas, capaces de desdibujar, hasta eliminarla, la imagen de un mundo condicionado por la acción colubrante de dos superpotencias. El autor considera, a nuestro entender acertadamente, que el equilibrio político constituye acaso el único recurso utilizable, para evitar la aparición en la escena internacional de una cosmocracia. En este sentido, la aportación de fuerzas nuevas o de factores tradicionales renovados, puede ser decisiva.

Si el lector valora adecuadamente las consideraciones que dejamos consignadas, convendrá con nosotros en aseverar que cuando la lectura de un libro da pie para tantos comentarios y proyecta su fuerza clarificadora sobre panoramas internacionales confusos,

RECENSIONES

ello es signo cierto de la jugosidad y originalidad de sus páginas y de la capacidad creadora del autor. No es lo reseñado el único mérito que atesora la obra por nosotros apostillada, pero aun circunscribiéndonos a esa sola consideración, lo consideramos suficiente para clausurar estas glosas exteriorizando nuestra complacencia al comprobar, al cabo de los años, cómo el que fuera nuestro alumno de Derecho Internacional en la Universidad compostelana nos ofrece hoy logrados frutos, abordando temas de palpitante actualidad, cuyo examen rehuyen los más. De ahí que consignemos objetivamente nuestra satisfacción como internacionalista y nuestro orgullo por haber contado entre nuestros más destacados discípulos al hoy eminente internacionalista Luis García Arias.

CAMILO BARCIA TRELLES.

VIRALLY, Michel: *L'O.N.U. d'hier à demain*. París, Seuil, 1961, 192 páginas.

Múltiples motivos de inquietud campean sobre el futuro de la O.N.U.—para algunos sombrío—. Pero, al mismo tiempo, las nuevas naciones se disputan el honor de tener un puesto en la Asamblea. ¡Sorprendente situación!

En el caso concreto de Francia, la Organización encuentra desdén y sarcasmo. El general De Gaulle ha hablado de *machin*.

Virally se refiere al ambiente de *pesimismo*, a la *crisis política y constitucional* existente.

Pues bien; el libro reseñado tiene por objeto poner de relieve cómo la O.N.U. no es una creación arbitraria, artificial, el producto de una imaginación idealista.

El autor expone una dialéctica previa de las Naciones Unidas: como una gran feria diplomática; como un conjunto de órganos y de mecanismos jurídicos con vistas a la acción; como un simple campo de fuerzas...

Ofrécese—en rápido esbozo—la arquitectura general de la Organización. Y, en esta coyuntura, la transcripción de un pensamiento de Virally nos parece imprescindible: sería un grave error tratar de comprender el estatuto jurídico de la O.N.U. limitándose a leer la Carta. Hoy, la O.N.U.—asegura el autor—es mucho más que un texto, es la historia de quince años.

En el primer capítulo, el libro registrado en esta Sección se preocupa de llevar a cabo la exégesis del equilibrio político montado alrededor de la urdimbre de las Naciones Unidas: centrado sobre el punto *mayoría-unanimidad*. Y tenemos un estudio del papel de las grandes potencias en la Organización; del protagonismo de las superpotencias; de la transformación de la mayoría en el seno de la Asamblea. A este respecto, interesante es el análisis de la trayectoria de los grupos en tal órgano.

En el capítulo segundo se tratan los siguientes extremos: la idea—jamás muy clara, para Virally—de la seguridad colectiva; el sistema de seguridad colectiva establecido por la Carta; el sentido de la guerra de Corea, y de la *Unión para el mantenimiento de la paz*; la llamada *neutralización internacional*.

El tercer capítulo se enfrenta con el asunto *universalismo y regionalismo*. Aquí se aborda la urdimbre de la Carta; se establecen las características de las *regiones geográficas* y de las *regiones políticas*, con su importante dinámica; coméntase la *regionalización* de las operaciones; para terminar con una serie de consideraciones—bien realistas—en torno a un mundo *cortado* entres grupos de Estados (según pretendía el plan de reforma de la O.N.U. patrocinado por Kruschév).

El significado de la reivindicación de la soberanía como «una de las realidades fundamentales de la sociedad internacional contemporánea»—«idea reaccionaria»—y su impacto sobre la Organización internacional son el tema del siguiente apartado (soberanía en la Carta, la democracia internacional, función pública internacional).

RECENSIONES

Veintitantas páginas se consagran al desmenuzamiento de la cuestión *diplomacia parlamentaria* y su concreción en las Naciones Unidas. En este punto, el lector asiste a la presentación de la relevancia de la diplomacia parlamentaria *discreta*.

Tras eso, el autor critica las fórmulas *Naciones Unidas-Gobierno mundial, Naciones Unidas-especie de Congreso de los pueblos* y traza la actual realidad de la Organización: fruto de una evolución. Evolución marcada, en su última fase, por la afluencia de nuevos miembros, lo que ha generado el surgimiento de una *nueva mayoría*.

Concluyendo, Virally hace el elogio de la acción de Dag Hammarskjöld, en tanto que identificado con el concepto de la *diplomacia de reconciliación*, y ve la Organización como un sistema forjado poco a poco por las necesidades de la práctica.

En resumen, el autor enfoca la *presencia* de las Naciones Unidas como *moderador de potencias*—su idea clave—, como un instrumento de conciliación que no ha funcionado demasiado mal hasta el presente, pero que se encuentra desafiado por la terquedad o las ambiciones de los Estados.

Ciertamente, hay que proceder a cambios de distinto temple. Virally registra: la admisión de la República Popular de China: el reconocimiento del *peso* de las grandes potencias; la reforma de los Consejos; la institución de una Escuela Internacional de Administración...

Ahora bien; todas las medidas perfiladas no hacen pensar en la caducidad de la concepción de la Organización y de su papel.

El trabajo de Virally no ha pretendido definir las líneas de una política francesa *menos pasiva y desesperada* dentro de la O.N.U. Su propósito va encaminado a una revisión más realista de la posición gala en la Organización. Y, trabajando en pos de ese objetivo, ha laborado en la empresa de derribar algunas de las ignorancias y prevenciones gestadas alrededor de las Naciones Unidas. ¡Reconfortadora tarea!

L. R. G.

MARTÍN HERRERO: *Spanisches thema mit variationen.* Verlag Styria, Viena, 1963, 216 páginas.

Si a muchos les ha dolido España, a los diplomáticos de profesión, obligados por ley de oficio a vivir la mayor parte de sus vidas en el extranjero, les duele sentir la incomprensión del mundo en general para todo lo español. Al diplomático le hiere que los extranjeros en España no vean más que burros y moscas, le hiere el concepto de lo español como sinónimo de triste, le hiere que el viajero en nuestra Patria no sepa encontrar más que gitanos y niños descalzos. Pero, ¿es que realmente en España no hay otra cosa? ¿Es que resulta imposible atravesar en todos los sentidos la piel de Iberia sin tener ojos más que para viejas pedigüeñas y pueblos muertos, sin hacer, en caso extremo, más que leves excepciones benévolas a favor del Museo del Prado y de las mocitas andaluzas?

El ministro español de Asuntos Exteriores lo explicó una vez ante escandalizados periodistas extranjeros: España tiene mala prensa. Tan mala prensa que hoy, 18 de abril de 1963, los periódicos de casi toda Europa dedican dos líneas a media docena de condenas a muerte en Rusia, mientras consumen tinta a tres columnas para anunciar que un tribunal militar español ha pronunciado una condena de muerte. Eso sí: sin decir, por supuesto, cuáles son los motivos en que la sentencia se funda. Y no hay miedo: nadie asaltará embajadas soviéticas para protestar de tales condenas a muerte, pero los asaltantes profesionales se han movilizad^o en medio mundo para exhibirse ante las representaciones de España en actitud hostil.

España tiene mala prensa y todo lo que los españoles hagamos será siempre poco para salir al paso de campañas de descrédito y calumnia contra nuestro país. Por eso

hacía falta, mucha falta, el libro de R. Martín Herrero, que viene a colmar una laguna sentida desde hace mucho tiempo por cuantos comparten con él la gloriosa misión de representar a España más allá de sus fronteras. Porque este libro, escrito directamente en alemán por su autor, en un alemán terso y limpio, es una permanente contestación a cuanta pregunta insidiosa, o simplemente estulta, se hace sobre España.

Ramón Martín Herrero ha sabido decir por escrito, para conocimiento de cuantos con buena fe se dispongan a leer este libro, todo lo que hacía falta decir para ilustración de ignorantes sobre estadísticas de producción y consumo, sobre sabios españoles, sobre la diversidad regional de artistas, santos y conquistadores, sobre la evolución social de nuestra tierra, sobre la difusión cultural de lo español, sobre la real aportación de diversas razas y religiones al sustrato ibérico para llegar a formar eso que se llama España. Por las páginas de su libro desfilan, entre otros, el arzobispo Gelmírez, los Almagóvares, el general Primo de Rivera y la generación del 98, para explicar al lector lo que han sido cada uno de ellos. Para hacer comprender al lector lo que son nuestras formas políticas, que si, en ciertos casos, no les gustan a los extranjeros, lo menos que pueden hacer, por educación si no por otra cosa, es callarse, ya que también estamos nosotros en el derecho de que no nos gusten las formas políticas de otros países y, sin embargo, no lo damos a entender.

Y para los que hablando de España sólo saben tener una sonrisa de condescendencia, convendría recordarles, como lo hace R. Martín Herrero, que su *tutorial pleasure*, su continuo querer darnos lecciones, no puede nunca caer bien en un viejo país que puede enorgullecerse nada menos que de haber enseñado al mundo su verdadera fisonomía gracias al navegar osado y al galopar alocado de porquerizos y nobles hispanos, de

*estos que dieron nombre a la Tierra,
cruz a los montes, sentencia al mar,*

como rezan los versos sonoros de aquel otro gran español y diplomático que fué Agustín de Foxá.

Un libro para que mediten y callen los eternos detractores de España. Y un libro, también, para que todos los que la aman saquen de él los argumentos que necesitan para defenderla.

EMILIO BELADIEZ.

GAGLIARDI, Jacques: *Les hexagonaux ou la liberté consommée*. París, Plon, 1962, IV más 314 páginas.

Cada generación porta en sí misma una voluntad de renovación y desarrollo, y, con más, o menos éxito, un cierto número de virtualidades. Así lo acabamos de leer en el libro que encabeza esta nota.

Pues bien; las inquietudes de una parte de la *generación intermedia* de Francia van recogidas en esta publicación, destacado ensayo de uno de los fundadores del movimiento *Patria y Progreso* (organización de jóvenes funcionarios, oficiales y cuadros del sector privado, cuya edad media es de treinta años).

Ha de saberse que la primera manifestación pública de *Patria y Progreso* era, en 1959, un volumen titulado *Survivre à De Gaulle* (Plon, III más 174 páginas). En tal estudio, sus autores querían evocar la angustia de una generación, ante la incapacidad de sus mayores, para asegurar a Francia el lugar que podía ocupar en el mundo. El aniquilamiento de la izquierda, el ineluctable desafío que implica la coexistencia pacífica tal como lo entiende el mundo soviético, la efervescencia de las masas subdesarrolladas y su plétora demográfica eran los elementos que llevaban a pensar en que la Europa liberal

y el sistema capitalista se hallan condenados, con lo cual resulta indispensable preparar a la nación gala para esa realidad, mediante las adecuadas orientaciones económica y diplomática.

Las reacciones ante tal testimonio de la mayor diversidad. G. Suffert escribía, en *France-Observateur*: «El documento de *Patria y Progreso* es auténticamente fascista.» P. Hervé decía en *La Nation Socialiste* que muchos rasgos de este movimiento recuerdan el *mendesismo* del mejor período. Para *L'Humanité*, ese manifiesto era, «de hecho, la emanación de una nueva sinarquía». Georges Bidault lo denunciaba, en *Carrefour*, como «un comunismo pretendidamente nacional». A través de *Le Monde*, Maurice Duverger veía en tal estudio «uno de los testimonios más sorprendentes sobre el estado de espíritu de las nuevas generaciones». Léo Hamon consignaba, en *Combat*: «Permítasele a un mayor dar aquí la bienvenida a aquellos para quien la fe en Francia da color al socialismo, mientras el pensamiento del socialismo nutre y arma al patriotismo.»

* * *

Esa inspiración vamos a encontrarla—aunque no en la forma—en una nueva publicación—consagrada a un nuevo análisis, a una nueva inspección de Francia y de sus habitantes (los *hexagonales*), editada por la *tribuna libre* de Plon. Y no es cosa de descubrir esta *tribuna*: la colección donde se aportan—sin reticencias y *en directo*, por personas pertenecientes a todas las gamas de la opinión—las informaciones indispensables para el hombre que quiere estar al tanto de su tiempo...

Pudiéramos decir que el autor comienza por el pensamiento que transcribimos a continuación: «*Apenas hay literalmente política en Francia, ni en otras partes. Es un terreno abandonado a la actividad roedora [sic] de los profesores y de otros profesionales del pensamiento. Ellos producen doctas memorias para satisfacer nuestra necesidad de explicaciones, y de explicaciones confortadoras sobre todo...*»

Gagliardi ha sentido la tentación de seguir una tradición más sana: *sin fichas ni vitaminas*. En Rusia, nadie—a no ser en la cumbre—se hace cuestión de las cosas: hay un dogma. Lo mismo ocurre—o casi—en América. Así lo asegura este libro.

Y la pasión del autor es la originalidad de Europa. «Europa es una civilización. Será una nación cuando haya recuperado la conciencia de su originalidad, incluso de su superioridad: entonces, su capital no será ni Moscú ni Washington.» En esta coyuntura, es preciso hacer una Francia irreverente y, de ahí, una Europa irreverente.

Gagliardi empieza por referirse a la historia reciente de Francia. Primeramente, traza un inventario de la herencia recibida, aludiendo a la generación de los supervivientes de la primera guerra mundial—viviendo en la euforia de una falsa victoria—, a la generación de los treinta y cinco a los cuarenta y cinco años—con excusas a su mediocridad—y a la generación que ha vivido su juventud bajo la sombra de la IV República.

Abordando el tema de los bienes heredados, se hace el enjuiciamiento del cristianismo—«la religión del ejemplo»—, de la democracia, de la libertad—llamativos propósitos respecto al gusto por la libertad—, del liberalismo, de la sociedad cristiana, democrática y próspera... Para pasar a exponer una crítica de las sociedades burguesas, o aburguesadas, del Occidente.

Gagliardi lleva a cabo una valoración de los problemas de nuestro tiempo, esgrimiendo reflexiones exentas de prejuicios políticos, en forma desenvuelta, plena de inconformismo. Nos advierte cómo el valor supremo, el mayor denominador común de los pueblos occidentales es el dinero (pág. 102) y cómo el siglo actual exige que el hombre venda, más que su trabajo, su espíritu (pág. 104). Explica los contextos de esas aseveraciones, subrayándose la importancia que para la Humanidad ha tenido la obra del capitalismo, desgranándose los componentes del progreso técnico, estudiándose el capitalismo y sus *milagros* y configurándose la democracia cristiana como una planta tardía...

Resumiendo, según este libro del movimiento *Patria y Progreso*, la Humanidad se halla

a la busca de ejemplos políticos, de modelos de organización económica y social. Ella no mira más que hacia la Rusia soviética y los Estados Unidos, mientras hasta la segunda conflagración mundial era Europa quien atraía casi exclusivamente sus miradas.

Pues bien; en la publicación reseñada se sienta la siguiente afirmación: «La nación es *después* por largo tiempo todavía.» Tras lo cual va la declaración en pro de un patriotismo que no quiere ser un nacionalismo (es decir, un patriotismo entendido como «la conciencia de formar parte de una comunidad que todavía tiene ante ella una gran vocación, so pena de renunciar a sí misma, y que no desconoce los triunfos que [aún] le quedan»).

Ahora, con las indicaciones en torno a la *Patria*, fijemos la atención en el *Progreso*. Este ha de realizarse, a entender del autor, a través de un *socialismo francés*, un socialismo no dogmático, un socialismo desembarazado de la mitología obrera del siglo XIX, con el objetivo de llevar a cabo una sociedad pluralista. Estamos, pues, ante un socialismo entrevisto como medio de asignar a la nación fines que no sean exclusivamente materialistas, más que como un ideal de justicia social. ¡Sugerente distinción!

Y Gagliardi recoge una serie de exigencias, en pos del progreso: Primera. Transformación de la mentalidad de los individuos. Segunda. Preparación y prevención de las considerables mutaciones socioprofesionales impuestas por la evolución económica. Tercera. Lanzamiento de una llamada *planificación imperativa*—instrumento no sólo de la expansión económica, sino de las mutaciones del cuerpo social—. Cuarta. Disciplina social.

En fin, el autor ve en Francia *una nación mediocre y fácil*. Pero también ve *una Europa sin ideal...*

Ello nos explicará el conjunto de denuncias ofrecidas en la publicación reseñada. Criticará a los viejos partidos (pág. 281), a las falsas *élites* (pág. 302); denunciará la política norteamericana en Europa (pág. 305); expondrá su desconfianza—*quelque méfiance*—acerca de las construcciones supranacionales (pág. 304), y ello más por su carácter utópico; deplorará que la Europa supranacional no pueda ser construida fuera de la influencia estadounidense (pág. 306) y que en el Mercado Común no haya habido lugar para una planificación común ni aun para un programa de organización coordinada de las economías (pág. 306).

Resumiendo, yendo a una mayor caracterización de la concepción *exterior* del volumen comentado, señalaremos cómo en él se afirma que el mundo anglosajón se halla perdiendo velocidad y que los Estados Unidos, a pesar de su riqueza y de su potencia, no han conseguido representar el papel desempeñado por Inglaterra durante dos siglos. Por otro lado, se sostiene el criterio de que, en la estrategia defensiva de Washington, la Europa del Oeste no es más que un bastión.

A las indicaciones sobre uno de los *polos mundiales*, añadamos una posición adoptada ante otro de esos *polos*: la fuerza ideológica del marxismo tiende a disminuir paulatinamente y tal debilitamiento se compensa con el sentimiento de la potencia nacional. Parejamente, se expone el criterio de que las dificultades en el interior del bloque comunista no son más importantes, ni menos, que los desacuerdos en el seno del bloque occidental. Y se llega a sostener que Europa debe reconocer el valor y el papel del pueblo ruso y multiplicar los contactos con los dirigentes de Rusia y de los otros países del Este europeo, sin desanimarse ante las dificultades.

Ello supone que Europa tenga, en el bloque occidental, una cierta libertad de maniobra. En suma, neutralismo armado de Europa—por lo demás, una «Europa europea»: *ni la de las Patrias ni la de los pueblos*—. (Y defendiendo a De Gaulle, en tanto que constituye, todavía por algunos años, el único obstáculo a una dilución en un vasto mercado atlántico, donde no sería más que una sucursal de los Estados Unidos. (Vid. *Patrie et Progrès*, número 13, 1962, pág. 11.) Pero esto es otra cuestión, que el lector puede conocer consultando otra publicación del mismo movimiento: *Des Patries. De la société close à la société ouverte*, París, noviembre 1962, 76 páginas.

* * *

RECENSIONES

En suma, libro incisivo—bien lejos del tipo de libro *tranquilizante*—, apasionado—asimismo, injusto a veces; injusto de verdad—.

Una cosa es cierta en él: traduce la inquietud de las jóvenes generaciones francesas que comenzaron su existencia de hombres pagando, al otro lado del Mediterráneo, las faltas—y aun la *veulerie*—de sus mayores. En ese sentido, constituye un vívido documento. Como lo es su llamamiento al renacimiento de una *Europa irreverente*, consciente de su originalidad, de su superioridad... ¿No son suficientes razones para justificar su presencia en esta Sección?

LEANDRO RUBIO GARCIA.

DEUTSCHER, Isaac: *Stalin. Eine politische Biographie*. Stuttgart, W. Kohlhammer Verlag, 1962, 648 páginas.

El autor, antaño miembro del Partido Comunista de Polonia y antiestalinista precoz—según la nota editorial, en 1931, a la edad de veinticuatro años «se puso a la cabeza de la primera oposición antiestalinista»—, publicó la presente «biografía política», destinada tanto al «lector medio» como al especialista, como parte de una proyectada trilogía Lenin-Trotzki-Stalin (1). Se trata, sin embargo, de una biografía truncada, pues termina «un tanto bruscamente» con los años 1945-46, cosa comprensible en 1949 (primera edición inglesa), pero difícil de aceptar en 1961 (segunda edición inglesa) y 1962 (primera alemana), a no ser que nos consolemos con la promesa del autor de dedicar una obra independiente a los años postreros de Stalin. Por lo demás, a pesar de la argumentación de Deutscher (págs. 10 a 12), nos siguen pareciendo indispensables al menos un epílogo y una bibliografía complementaria con los documentos publicados después de 1948, tanto más cuanto que en la propia U. R. S. S. se produjo un cambio radical en el enjuiciamiento del papel y personalidad del biografiado.

Según Deutscher, «la biografía de Stalin se parece a un gran palimpsesto, con muchos manuscritos uno encima de otro. Cada uno data de un período distinto, cada uno se debe a distinta mano y cada uno brinda una exposición diferente de los acontecimientos. Incluso los pasajes escritos por el propio Stalin se contradicen manifiestamente». En esta maraña intentó poner orden el autor con un espíritu de «objetividad casi pasada de moda», que hasta le permite expresar cierto respeto y admiración por la inteligencia, capacidad de trabajo y tenacidad del dictador. Tras una exposición detallada, de lectura interesante, aunque no precisamente amena, en el capítulo XIV y último—«Dialéctica de la victoria»—, el autor señala algunas conclusiones, naturalmente no definitivas, que podemos resumir así:

1) Al término de la segunda guerra mundial, el *slogan* de las «conquistas de la era staliniana» cobró nuevo sentido, siendo sinceras la adhesión y la gratitud del pueblo soviético a Stalin.

2) El Stalin de 1945-46 ya no era el de 1925 ni 1935. Su doctrina del «socialismo en un país» se convierte en la del «socialismo en una zona».

3) Se modifica la metodología también: en vez de la «revolución desde abajo» (1917) se impone la «revolución desde arriba» (1945).

4) Stalin reafirma la supremacía moral del Partido frente al prestigio ganado por la oficialidad durante la guerra, al mismo tiempo de hacer desaparecer los restos del «maquillaje nacionalista» del rostro del comunismo.

Finalmente: Stalin es uno de los grandes déspotas de la Historia, como Cromwell, Robespierre y Napoleón, y no un «tirano absolutamente carente de valores», como Hitler. Este capitaneaba una contrarrevolución estéril, mientras que Stalin era jefe y explotador de una revolución trágica, contradictoria y creadora.

RECENSIONES

Merecen la atención las referencias a la ambigua actitud de Stalin ante la guerra civil española (págs. 449 a 451) y su agudo análisis de los motivos y funciones del «telón de acero» (583 a 588). Son también interesantes los paralelos que Deutscher establece entre el comunismo staliniano y otras revoluciones, así como entre sus caudillos, aunque de esta manera parecen infravalorarse tanto las dimensiones y consecuencias como lo que hay de inédito y nuevo en el movimiento comunista. No caracterizan mal la obra las palabras del colaborador de Tito, Moshe Pijade, con que explicó la negativa a permitir la publicación en Yugoslavia: «Resulta demasiado filosoviética si discutimos con los rusos y demasiado antisoviética si intentamos ser amigos suyos.»

ZOLTÁN A. RONAL.